



Por Daicar  
Saladrías González

## Irresponsabilidad reiterativa

¿Sabe usted si vive en una manzana de riesgo para la aparición del mosquito *Aedes aegypti*? Sin ser especialista de Salud, usted mismo puede llegar a esa conclusión. Vivimos en manzanas de riesgo cuando en los alrededores hay microverederos, fosas vertiendo, salideros de agua potable u obstrucciones, claras señales de responsabilidades incumplidas por organismos estatales.

Pero también “contribuimos” con el insecto y la propagación de enfermedades cuando hay zanjas estancadas, jardines o patios enyerbados, acumulación de trastes que podrían convertirse en reservorios de agua y, por ende, en criaderos (se sabe que las mosquitas ponen huevos hasta en una tapa de pomo), casas en las que no se realizan los tratamientos focal y adulticida porque sus moradores no están y no se preocupan por dejar las llaves... todas claras señales de irresponsabilidad ciudadana que se hace

reiterativa, tal como las manzanas en las que en un ciclo tras otro se hallan focos.

Hace un año, Camagüey enfrentaba una complicada situación higiénico epidemiológica y una epidemia de dengue que preocupó a todos e hizo que no pocos se ocuparan de cumplir, ante el peligro, lo que es su deber cotidiano, como directivo de una entidad estatal o como habitante de una calle cualquiera.

Ahora no presentamos aquella gravedad, pero somos la tercera provincia con mayor cantidad de focos y el índice de infestación sigue siendo muy alto. Junto a la ciudad cabecera, donde el área de Salud Finlay tiene la situación más compleja, están también “enredados” con el vector los municipios de Nuevitas, Sibanicú, Santa Cruz del Sur y Minas.

Los trabajadores del sistema de vigilancia y lucha antivectorial de Salud Pública tienen la mayor cuota de responsabilidad en ello, pues a pesar de los cambios en la cadena de mando en busca de mayor exigencia administrativa, todavía no se inspeccionan con calidad las viviendas, ni se recuperan todas las cerradas, y las

muchas aplicadas son menos que las dificultades que se “descubren” con una supervisión adecuada o una radiobatida ante un caso de dengue.

Si a esto se suma que los movilizados de diversas empresas para el tratamiento adulticida (fumigación) no asisten sin que haya soluciones administrativas efectivas al respecto, y que la respuesta comunitaria es la pasividad, entonces el panorama puede tornarse peor.

Los Comités de Defensa de la Revolución en el país convocan a jornadas de higienización los segundos domingos de cada mes, pero en muchas de nuestras cuadras aún no nos hemos enterado. En otras muchas no bastaría con movilizarlos un día, porque son más los problemas acumulados. Y los patios y hogares, por supuesto, nos tocan a cada uno de sus dueños.

Sin embargo, en inmensa mayoría no tenemos conciencia del peligro, de que no se trata de cumplir campañas sino de cuidarnos la salud, que es decir la vida. Solo cuando aparece el *rash* o ingresan al vecino, caemos en la cuenta de cuán irresponsables somos... otra vez.



Por Noel Manzanares Blanco  
(Profesor de la Universidad de  
Camagüey Ignacio Agramonte Loynaz)

## Felipe Torres Trujillo: modestia revolucionaria personificada

Cuba vivía la segunda década del siglo XX. Los territorios de las antiguas provincias de Las Villas (Cienfuegos, Villa Clara y Sancti Spiritus) y Camagüey (desde Jatibonico hasta Amancio Rodríguez) aguardaban sin saberlo por el quehacer combativo de Felipe Torres Trujillo, nacido en la “Perla del Sur” el 1ro. de septiembre de 1916, un centenario atrás.

Hijo de Marcial, por más de 40 años mecánico en centrales azucareros, y de Blanca, quien durante el gobierno de Tomás Estrada Palma fungió como maestra y luego fue ama de casa, Felipe aprendió las primeras letras en su natal Cienfuegos. Después, la familia se mudó para Santa Clara, donde terminó el sexto grado e ingresó en la Escuela Superior, simultaneando con la Escuela Profesional de Comercio para el año 1929, según consta en su autobiografía facilitada por Arnaldo Díaz García, comunista de la época.

Pronto, Torres Trujillo da señales de lo que vendría a ser su vida revolucionaria: ante el asesinato de Rafael Trejo, estudiante universitario, por la dictadura de Gerardo Machado, el 30 de septiembre de 1930, con 14 años participa en las protestas contra el inicio de las clases, y dos años después ingresa en la Liga Juvenil Comunista, agrupación unida al primer Partido Comunista de Cuba (PCC) fundado en agosto de 1925, y llegó a ser miembro del Buró Provincial hasta convertirse en secretario de Organización. Para 1934, estaba envuelto en actividades de la Liga Antiimperialista.

Cuatro años después, Felipe aparece como integrante suplente del Comité Central de ese Partido; tras diversas responsabilidades en territorio villareño, en 1953, por acuerdo de su Comité Central, pasa a trabajar a Camagüey como secretario organizador, y luego de tres años, ocupa el cargo de secretario general del Partido Socialista Popular (PSP, nombre dado al PCC).

En su condición de dirigente principal de ese Partido en Camagüey, Felipe Torres desarrolla una significativa actividad contra los desmanes de la dictadura de Fulgencio Batista. Contando con su liderazgo, a instancias del PSP en la provincia comienzan a crearse los Comités de Defensa de las Demandas Obreras (CDDO), organizados para desarrollar actividades

revolucionarias, antiimperialistas y unitarias en el seno de los sindicatos oficiales, cuyo protagonismo influyó positivamente en los resultados de la lucha por el pago del denominado diferencial azucarero (una prima al salario de los azucareros por concepto de aumento de los precios del azúcar en el Mercado Mundial).

Luego de enero de 1959 condujo el proceso de unificación del Movimiento Revolucionario 26 de Julio, el PSP y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo en Camagüey. En la reunión del Comité Provincial de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI) el 29 de marzo de 1962, presidida por Raúl Castro para analizar su dinámica hasta entonces, el hoy Primer Secretario del Partido, exclamó: “¡Venimos de un velorio y estamos en una fiesta!”, en alusión a cómo valoraba lo sucedido aquí en comparación con lo acontecido en Oriente, lugar donde hubo dificultad en torno a la edificación inicial de las ORI.

Con sobradas razones, Felipe fue elegido secretario general del primer Comité Provincial del PCC en predios agramontinos, el 18 de diciembre de 1965. Al año siguiente resultó designado embajador de Cuba en Bulgaria hasta 1973, actividad que terminó afectado por problemas de salud.

No es casual, pues, que tras su partida el 27 de mayo de 1977, la Escuela Provincial del Partido en Sancti Spiritus sea identificada con su nombre, ni que el 18 de diciembre del 2015, al calor de las cinco décadas y media del surgimiento del sistema de Escuelas del Partido y el aniversario 50 del primer Comité Provincial en Camagüey, se haya instaurado la Cátedra que lleva su nombre y que su presidente e integrante del mencionado órgano, José Lavín Silva, manifestara: “Hablar de Felipe es muy fácil, fue un hombre extraordinario; su manera de conquistar, aglutinar y convencer a las masas le permitió conducir de manera exitosa el proceso revolucionario que entonces se iniciaba”.

Este hombre, modestia revolucionaria personificada, por su quehacer incansable a favor del mejoramiento humano, se convirtió en paradigma para las antiguas provincias de Las Villas y de Camagüey, en rigor, de toda Cuba. No podía ser de otro modo, ante la fuerza moral de Felipe Torres Trujillo.

## Mis oficios y los juegos “inocentes”



Por Eduardo  
Labrada Rodríguez

Observo por estos días a niños y jóvenes ensimismados ante las pantallas de *tablets* y computadoras, juegos “inocentes” que en su adicción les aíslan e incomunican con el entorno y se saltan esa maravillosa y también formadora etapa de grupos capaces de enseñarnos a convivir en sociedad y no como un *homo sapiens* aislado y, por tanto, vulnerable ante la vida.

Algún lector me sugirió escribir sobre aquellos juegos que formaron parte de nuestras vidas y que hoy tanto se necesitan. Bueno, me dije, primero vamos a recordar cómo por aquella época, cada cual, en sus juegos, se creaba un oficio de fantasía que con seguridad perdura en muchos.

Por lo que a mí respecta, imagino que mis oficios se iniciaron con el *Conde de Montecristo*. El *Conde...* fue, si la memoria no me falla, el primer libro que me regalaron. Me lo obsequió mi tía Raquel en una de aquellas distribuciones que cada Día de Reyes hacía entre sus sobrinos.

A partir de allí lo primero fue querer ser mosquetero del rey,

así que con un grupo de muchachos del barrio armamos una tropa con espadas de palo para pasarnos días corriendo unos tras otros llenándonos de chichones y arañazos.

Después de cansarnos de ser mosqueteros nos dedicamos a hacer carriolas; con dos tablas y un par de patines “de municiones” nos dimos a desbandarnos cuesta abajo por muchas de las calles del centro de la ciudad. Armamos un equipo, diez o doce corredores para irnos a pasear y competir en cualquier lugar. Hoy reconozco y ofrezco disculpas a los vecinos porque el ruido debió de ser estruendoso con todas aquellas carriolas en carreras desenfrenadas.

Luego, por suerte de la comunidad e influenciado sin dudas por las visitas veraniegas a la familia de Nuevitas se me ocurrió ser constructor de barcos. (Quién lo diría). Fabricué maquetas de galeones, una gran fragata, un bote que apenas echamos al agua se fue a pique y supe lo difícil que es meter un barco dentro de una botella. Por esa época utilizábamos para navegar la laguna sobre la que hoy se levantan los repartos Edén y Juruquey, que aunque no era un océano, al menos teníamos una charca al alcance de la mano por el fondo de La Vigía. Lo más navegable

fue una balsa de bambú con la que nos íbamos a circunvalar el estanque y tratar de pescar algo, cosa que nunca se dio, aunque nos hicimos de varas, anzuelos y carnadas.

Cuando ya estábamos aburridos les cambiamos la balsa a unos muchachos de un reparto vecino por un pequeño avión de motor de gasolina. En ese momento estimé que lo mejor de lo mejor era ser piloto, porque al menos se podía comenzar por el aeromodelismo. Mi *Piper club* color plateado nunca voló, aunque me pasé horas haciendo el intento, en los cuales se estrellaba cada vez. Ante tales advertencias razoné que en verdad lo mejor era irse a explorar a la Amazonia, pero como la Amazonia queda lejos de mi casa me asocié con un grupo de exploradores y comencé a meterme por todos los trillos y desfiladeros de la Sierra de Cubitas. Y esa es otra historia.

Hoy muchos de los amigos de entonces nos la damos a recordar aquellos días. Por eso a veces me pregunto: ¿y mañana, estos aislados muchachos de hoy qué podrán recordar y compartir?, ¿qué fantasías les alimentan en este mundo de pantallas y teclados? y, sobre todo, ¿qué ciudadanos se forman para nuestro futuro? Sobrecoge mirar ese túnel.